

XIV

Marido y mujer.

—Y sin embargo... me equivoqué.

Esto decia para sí una noche en presencia de su mujer, solo con ella, en el silencio de la casa tranquila, abandonada ya por los tertulios y tibia aún por el calor de la reunion, en aquella hora en que el pensamiento cae en las vagas meditaciones precursoras del sueño, despues de representarse los hechos del día que hace poco eran escenas y figuras reales y que pronto serán pesadillas.

Frente á él y dispuesta ya á acostarse, estaba la incomparable figura de la Minerva ateniense, cuyos ojos verdes, por una aberracion artistica inconcebible, se fijaban en uno de esos vulgares libros de rezo, llenos de lugares comunes, oraciones enrevesadas y gongorinas, sutilezas hueras, páginas donde no hay piedad, ni estilo, ni espiritualismo,

ni sencillez evangélica, sino un repique general de palabras. ¿Pero qué importa? Dejando que su mente se perdiera con somnolencia en semejante fárrago, María estaba soberanamente hermosa.

Leon habia dejado caer de sus manos el periódico de la noche, otro repique general de timbres rotos, de cascabeles chillones y de ásperos cencerros, y contemplaba á su mujer, cavilando sobre la espantosa burla que habia hecho de él su destino. El, que habia pasado su juventud conteniendo la imaginacion, le habia soltado un día las riendas sin conocerlo, y engañado, seducido por ella, se habia dejado arrastrar por una ilusion impropia de hombre tan serio. ¿Cómo pudo dejar de preveer que entre su esposa y él no existiria jamás comunidad de ideas, ni ese dulce parentesco del espíritu que descubren hasta los tontos? ¿Cómo se dejó llevar de la fascinacion ejercida por una hermosura sorprendente? ¿Cómo no vió la pared de hielo, enorme, dura, altísima, que se levantaria eternamente entre los dos? ¿Cómo no penetró aquel entendimiento rebelde, aquel criterio inflexible, aquella estrechez de juicio, aquella falta de sentimiento expansivo, generoso, mal compensada por una exaltacion áspera ó mimosa? ¿Cómo no adivinó aquella

sequedad y desabrimiento de su hogar, vacío de tantas cosas dulces y cariñosas, y en particular de la más cariñosa y dulce de todas, la confianza?

En un momento de profunda tristeza y desaliento, llevó su mano del corazón á la frente y asentó sobre ésta la palma crispada, como echando una maldición á su sabiduría. María no advirtió aquel movimiento y siguió con los ojos fijos en el libro.

—Me enamoré como un estúpido,—pensó él volviendo á mirarla.—¿Y cómo no, si es tan hermosa...?

Después recordó sus infructuosas tentativas para formar el carácter de María. En la primera época del matrimonio, María amaba á su marido con más ardor que ternura. Bien pronto, sin dejar de amarle del mismo modo, empezó á ver en él un sér extraviado y vi-tando en el orden intelectual. Leon le había dado libertad para practicar el culto, y ella la usó con moderación al principio. Pero á medida que Leon trataba de influir en el carácter de ella, no para arrancarle su fé, como algunos mal intencionados dijeron entonces, sino por el deseo de establecer entre ambos la mayor armonía posible, abusaba ella de la libertad que se había dejado á sus devociones, y éstas llegaron á ser tantas que

ocuparon pronto la mitad de su tiempo y casi todo su espíritu. No se crea por esto que renunció á las vanidades del mundo, pues gozaba de ellas, aunque sobria y moderadamente. Iba al teatro, con excepción del tiempo de Cuaresma, vestía muy bien, frecuentaba los paseos de moda, y dedicaba parte del verano á los esparcimientos y expediciones propias de la estación. De su persona cuidaba muchísimo, porque gustaba de agradar á su marido; de su casa poco, de su esposo nada, y el resto del tiempo lo consagraba al trabajo intelectual y práctico que le exigían varias congregaciones piadosas y las juntas benéficas á cuyo seno había sido llevada por sus amigas ó por su madre. Militaba en la encantadora cuadrilla de la devoción elegante.

—¿Pero no soy yo el rebelde?—decía Leon con desaliento.—¿De qué la acuso? ¿De que tiene fé? Si yo la tuviera seríamos felices. ¿Por qué no la tengo?

Hubo un tercer período, durante el cual el amor de María permanecía inalterable, siempre más vehemente que tierno, y tan poco espiritual como al principio. En dicho período, María revolviéndose contra su esposo con arrebatos de querer humano y de piedad mística, sentimientos que lejos de excluirse parece que se complementaban en ella,

quiso atraerle al camino de la devoción elegante, perfumado con inciensos, alumbrado con cirios, embellecido con flores, amenizado con bonitos sermones y acompañado de damas hermosas. La aspiración de María era ser piadosa sin perder al hombre que tan vivamente había realizado la ilusión de su fantasía. Llevarle á la iglesia era su afanoso empeño.

—Déjame solo,—le decía Leon inundado de pena.—Vete y ruega á Dios por mí.

—Sin tí me falta la mitad de mi vida, y parece que no soy toda buena, como deseo serlo.

Luégo se abalanzaba hácia él, le estrechaba en sus brazos, y reclinando su frente sobre el pecho del hombre aburrido, decía con gemido perezoso:

—¡Te quiero tanto...!

La resistencia de Leon á tomar parte en las prácticas piadosas estableció al fin aquella desavenencia, ó mejor dicho, completo divorcio moral en que les hallamos á los dos años de su matrimonio. Ni se comunicaban un pensamiento, ni se consultaban una idea ó plan, ni partían entre los dos una alegría ó un pesar que es el comercio natural de las almas, ni se entristecían juntamente, ni mutuamente se alegraban, ni siquiera reñían. Eran como esas estrellas que á la vista están

juntas y en realidad á muchos millones de leguas una de otra.

Fácil era á los amigos conocer que Leon sufría en silencio un gran dolor.

—Se empeña,—decían,—en que su mujer sea racionalista, y esto es tan ridículo como un hombre beato.

—Eso digo yo,—añadía otro.—El creer ó no es cuestión de sexo.

—Es que está enamorado de su mujer.

Esto último era exacto en el sentido de que Leon vivía aún fascinado por la hermosura cada día más sorprendente de María Egipcíaca, hermosura que ella, sin dar tregua á la devoción, sabía realzar con el lujo, con la elegancia del vestir y el delicadísimo cuidado de su persona.

De María podía decirse lo mismo que de Leon, en lo relativo al enamoramiento: ella también no cambiara por cosa alguna el hombre que le habían dado la sociedad y la Iglesia. En cuanto á él, llenaba el vacío de su corazón con aquel apasionamiento temporal producido por una pasmosa belleza. No le era indiferente, antes bien le enorgullecía, el *beati possidentes* con que la multitud obsequia al dueño de una mujer fiel y hermosa, y la idea de que María pudiese pertenecer á otro hombre, siquiera en intención ó pensamiento, le

enfurecía. En resumen: eran dos seres divorciados por la idea en la esfera de los sentimientos puros y unidos por la hermosura en el campo turbulento de la fantasía.

Sobre esto reflexionaba Leon en aquella hora de la noche. Últimamente hizo esta observación amarguísima.

—El mundo está gobernado por palabras, no por ideas. Véase aquí cómo el matrimonio puede también llegar á ser un concubinato.

—¿Has concluido?—dijo á su esposa, viéndola que dejaba el libro para rezar un momento en silencio y con los ojos cerrados.

—¿Has acabado tú el periódico?... Déjame-lo, quiero ver una cosa. La duquesa de Ojos del Guadiana no quiso costear sola la función de mañana... Á ver si se anuncia en la sección de cultos.

Leon leyó en voz alta la sección de cultos.

—¿Sermon del padre Barrios?...—interrompió María demostrando admiración.—Si le hemos mandado retirar porque está asmático y no se le puede oír... ¡Qué abuso! San Prudencio va tomando fama de ser el refugio de los malos predicadores, y allí van los descreídos á reírse de la tartamudez del capellán y del acento italiano del padre Paoletti. Todo consiste en que hay personas que parece que

dirigen las funciones y no dirigen nada. Pero no faltará quien ponga orden en aquella casa. No, no sueltes el periódico; lee los espectáculos. ¿Qué ópera nos dan mañana?

—La misma,—dijo Leon arrojando de sí el papel, y deteniendo por el brazo á su mujer que se levantaba.—Aguarda, tengo que hablarte.

—Y de cosas serias, según parece,—manifestó sonriéndose María.—¿Estás enojado? ¡Ah! ya sé... me vas á reñir.—Sí, sí,—añadió arrojándose en un sofá próximo á la butaca en que estaba sentado él.—Me vas á reñir porque he gastado mucho dinero este mes.

—No.

—Reconozco que he sido algo pródiga; pero con la economía de otro mes te indemnizaré... Sí, queridito, he gastado más de la cuenta. ¿Á ver?... Los tres vestidos, diez y siete mil, el triduo, cuatro mil; la novena que me correspondió, diez mil... La tapicería nueva de mi alcoba... de eso has tenido tú la culpa por burlarte de los angelitos blancos jugando con espigas azules... Además tengo que poner los regalos hechos á los actores, por no haber querido cobrar nada en la función de Beneficencia... tres relojes, dos petacas, dos alfileres... Además... Mañana sacaré la cuenta.

—No es eso, te digo que no es eso. Puedes

gastarme todo lo que quieras, puedes arruinarme, instituyendo herederos de mi fortuna á las modistas, á los curas y á los cómicos. De otra cosa más grave que tus gastos quiero hablarte, María; quiero preguntarte si no es tiempo ya de que cese la aridez y la tristeza de este matrimonio nuestro; si no es tiempo ya de que reconozcas que tu ocupacion excesiva de los asuntos de iglesia es como una especie de infidelidad, y que para dar tanto á las devociones, forzosamente has de quitar algo á nuestra casa y á mí.

—Ya te he dicho,—repuso María seriamente,—que de mis devociones buenas ó malas daré cuenta á Dios, no á tí, que no las entiendes. Haz por entenderlas, ten fé y hablaremos.

—¡Ten fé!... De eso sí que no entiendes tú. Yo no la tengo, no puedo tenerla segun tu idea. Además, tu conducta y tu modo especial de cumplir los deberes religiosos, me la arrancarían, si la tuviese como tú deseas. Te lo diré de una vez. No veo en tus actos ni en tu febril afán por las cosas santas ninguno de los preciosos atributos de la esposa cristiana. Mi casa me parece una fonda, y mi mujer un sueño hermoso, una imagen tan seductora como fría. Te juro que ni esto es matrimonio, ni eres tú mi mujer ni yo soy tu marido.

—¿Y quién es aquí el culpable sino tú?—

exclamó la dama con brio;—¿quién sino tú? Si no hay armonía, si no hay confianza, ¿á qué se debe sino á tu descreimiento, á tu ateísmo, á tu separacion de la Santa Iglesia? Yo estoy firme en el terreno del matrimonio; tú eres el que está fuera. Te llamo, te aguardo con los brazos abiertos y no quieres venir, menguado.

Y los abrió; pero Leon no tuvo ni siquiera la idea de arrojarse en ellos.

—Y yo iría, sí, iría con el corazón lleno de gozo, si encontrara en tí á la verdadera mujer creyente para quien la piedad es la forma más pura del amor; yo iría respetando y admirando tu fé, y aún deseando participar de ella; pero así tal cual eres, no quiero, no quiero ir.

—Pues entonces loco, mil veces loco, ¿qué quieres? ¡Ah! ¿Quieres que yo reniege de Dios y de la Iglesia, que me haga racionalista, como tú, que lea en tus perversos libros llenos de mentiras, que crea en eso de los monos, en eso de la materia, en eso de la Naturaleza-Dios, en eso de la Nada-Dios, en esas tus herejías horribles? Felizmente he podido salvarme de caer en tales abismos. Soy piadosa, creo todo lo que debo creer y practico el culto con asiduidad, con prolijidad, porque es el medio mejor para sostener viva la fé y no dar entrada en el entendimiento á ninguna falsa doctrina. ¡Que frecuente demasiado la

Iglesia! ¡que cumplo muy á menudo los preceptos más santos!... ¡que celebro funciones espléndidas!... ¡que oigo todos los días la palabra de Dios!... ¡que rezo de noche y de día!... Esta es la cantinela, ¿no es verdad? Ya sé que paso bor beata. Pues bien: todo tiene su razón en el mundo. ¿Crees tú que yo me abrazaría tan fuertemente á la cruz si no estuviera casada contigo, es decir, con un ateo, si no estuviera como estoy en peligro de ser contaminada de tu doctrina por el trato diario contigo y por el mucho amor que te tengo? No, si tú no fueras tan poco, yo no sería tanto. Si tú fueras católico sincero, aunque descuidado en tus deberes, yo no sería beata, cumpliría los preceptos esenciales y nada más. Ten presente una cosa, Leon; imagínate dos navegantes que cruzan en una pequeña barca un mar tempestuoso. Si los dos remarán con igual fuerza, llegarían sin dificultad á la orilla; pero hé aquí que el uno suelta el remo y se tiende. ¿No es indispensable que el otro redoble sus fuerzas hasta morir? Fíjate bien, querido mío: uno sólo rema y han de salvarse los dos.

—Esa figura no es de tu invención,—dijo el esposo que sabía muy bien hasta donde alcanzaba el ingenio retórico de su mujer.— ¿De quién es?

—Si es mía ó no, no te importa,—replicó María con desabrimiento y menosprecio.— Lo principal es que contiene una verdad innegable. ¿Quieres que vaya á aprender la verdad en tus monísimos libros?

—No, no pretendo eso,—dijo Leon lleno de pesadumbre.—Pero por torpe que yo sea, por extraviado que me supongas, ¿lo seré tanto que no me merezca de tí el favor de que aceptes una idea mía, una sola, siquiera una vez, sino que siempre has de ir á buscar tus ideas, fuera y lejos de mí?

—De tí acepto tu afecto que creo sincero, tu respeto á mis creencias siempre que sea verdad, tu apoyo material, pero tus ideas, tus consejos...

Dijo esto María con tal vigor de expresión y tal brillo de desden en sus deslumbradores ojos gatunos, que Leon sintió el frío de una espada en su corazón oprimido.

—¡Nada mío!—murmuró dejando caer sus miradas al suelo como quien desea morir.

—Nada que venga de tu razón soberbia y extraviada, nada que pueda contaminarme de tu filosofía diabólica,—añadió María hundiéndose su espada hasta la empuñadura.

Después de una pausa, Leon, exhalando un suspiro tan grande como su paciencia, la miró pálido y alterado.

—¿Quién te ha dicho todo eso?—le preguntó.

—Eso no te importa,—replicó María pali-
deciendo también, más sin perder su valor.
—Ya te he dicho que como sincera católica
no me creo obligada á dar cuenta á un ateo
de los secretos de mi conciencia religiosa, en
lo que se refiere á mis prácticas de piedad.
Sabe que te soy fiel, que ni con hecho, ni con
intencion, ni con pensamiento he faltado al
juramento que junto al altar te hice. Basta:
con esto acaba mi sinceridad de esposa; es
toda la confianza que puedes esperar de mí.
Aquella parte de la conciencia que pertenece
á Dios, no pretendas explorarla; es un reino
sagrado en el que te está prohibido entrar...
No me hagas la necia pregunta "¿quién te ha
dicho eso?" porque no tienes derecho á reci-
bir contestacion.

—Ni la necesito,—dijo él.—No tuve jamás
la idea de alarmarme porque mi mujer se
acercase al confesonario una ó dos ó tres ve-
ces al año para decir sus pecados y pedir
perdon de ellos conforme á su creencia; pero
esto tiene su corruptela y la corruptela de
esto consiste en llevar la direccion espiritual
por tortuosos caminos, con cátedra diaria,
consultas asíduas y constante secreteo soste-
nido de una parte por los escrúpulos de la

candidez y de otra por la curiosidad impru-
dente de quien no tiene familia.

—No, tonto,—dijo María irónicamente,—
mejor será que yo te busque reglas y buenas
ideas para mi conciencia en la direccion espi-
ritual de tus tertulias ateas... Por cierto que
ya me causa enfado la ligereza con que algu-
nos de tus amigos hablan de asuntos religio-
sos. Te he dicho hace tiempo que nuestras
reuniones me iban pareciendo una ostenta-
cion escandalosa de malos principios, y al fin
llegará un dia en que me resista resueltamen-
te á concurrir á ellas. No niego que sean muy
respetables algunos de los que vienen aquí, pero
otros no lo son: conozco las ideas de algunos.

—¿Quién te las ha dicho?—preguntó Leon
vivamente.

—No sé... Lo que digo es que me he can-
sado de ser complaciente, de disimular mi
disgusto en presencia de hombres que han
escrito ciertas cosas, de otros que las han di-
cho públicamente, de otros, en fin, que no las
han dicho ni las han escrito... pero yo sé que
las piensan, yo lo sé.

—Mucho sabes tú... Veo que ya se ha ful-
minado la sentencia contra nuestras tertulias.
Detrás de esta sentencia vendrán otras.

Y por una aberracion natural del dolor
que suele quebrarse en su curso sombrío, es-

tallando é iluminándose con el brillo engañoso de una alegría apócrifa, Leon rompió á reír.

—Pues sí; tus tertulias son muy cargantes, —dijo María algo turbada.—Son muy perjudiciales, porque entre una frase política, otra de música, otra sobre inventos y alguna sobre historia, ello es que nuestro salon es una cátedra de ateísmo.

—Seria una cátedra de buenas costumbres si se bailara y se murmurara. En mi salon no se ha hablado nunca de ateísmo ni cosa que lo valga. ¡Reposa en paz, ¡oh! conciencia pura, conciencia infantil! ¡Feliz criatura que piensas cumplir tus deberes con la práctica externa llevada hasta el desenfreno y adorando con supersticioso fervor las palabras, la forma, el objeto, la rutina, miéntras tu alma sola, fria, inactiva, sin dolores ni alegrías, sin lucha y sin victoria, se adormece en sí misma en medio de ese murmullo de sermones, de toques de órgano y del roce de vestidos de seda que entran y salen!... ¡Te crees perfecta y ni áun tienes el mérito de la vacilacion contenida, de la duda sofocada, de la tentacion vencida, del placer sacrificado! ¡Qué fácil y cómoda santidad la de estos tiempos!... Antes el lanzarse á la devoción significaba renuncia pronta y radical de todos los goces, abdicacion completa de la personalidad, odio á las

glorias vanas del mundo, desprecio de la riqueza, del lujo, de las comodidades, para quedarse en los puros huesos y espiritualizarse y poder pensar mejor en las cosas del Cielo; significaba el vivir absolutamente la vida del espíritu hasta el delirio, hasta la embriaguez, y el rico envidiaba al pobre y el sano pedía á Dios que le enfermase y el limpio quería cubrirse de asquerosas llagas. Esto era una aberracion si se quiere, pero esto era grande y sublime; porque la abnegacion y la humildad son las virtudes que ménos se desvirtúan por la exageracion; esto era como un suicidio, pero el único suicidio disculpable porque no era más que el delirio del sacrificio; pero ahora...

Leon dirigió á su mujer una mirada abrumadora de elocuencia y desden.

—Pero ahora... las reglas de la beatitud exigen óbolos abundantes, eso sí; exigen concurrencia metódica á los templos, ceremonias ostentosas; pero se trata á las personas segun su rango, al pobre como pobre, al rico como rico, es decir, permitiéndole que lo sea siempre que no niegue su ayuda á ciertos intereses. Sí, las devotas de hoy asisten al culto, se mortifican en cómodas sillas-reclinatorios, rezan sobre cojines y limpian con sus colas el polvo de las iglesias. No se les pide más que la mañana; y las noches son libres para bailar,

ir al teatro, cubrirse de piedras y de raso, asistir á las tertulias y banquetes de los ricos aunque sean judíos ó protestantes, ostentarse en los paseos, acicalar y perfeccionar con el arte su belleza para perder á los hombres... ¿pero qué importa? Satanás se ha vuelto tonto... ha transigido, está viejo ya y no sabe lo que hace.

—¡Qué groseras burlas!—dijo María algo confusa.—Segun tú yo estoy en pecado mortal porque visto bien, voy al teatro... Parece que hablas de lo que no entiendes. Estos ateos son la gente más tonta del mundo.

No estaba enojada; prueba de ello es que con un movimiento cariñoso pasó la mano por la barba de su marido.

—¿Crearás que me has confundido con tu charla, queridito?... Pues has de saber que si me visto bien y voy al teatro, y alguna vez al baile, es porque tengo permiso para ello, es porque puedo hacerlo sin desmentir mi piedad. Quien sabe más que tú de tales cosas me ha tranquilizado sobre este punto, haciéndome ver que como mujer casada no puedo romper los lazos que me unen á la sociedad.

—Sí, esa, esa es la consigna, ya lo sé...—dijo Leon riendo.—Divertíos todo lo que queráis, con tal que...

—Tus reticencias son blasfemias... Calla,

idiota... ¡Si te convencerás al fin de que no sabes más que sandeces!...

—¿Sandeces?—dijo Leon tomando entre sus dedos la barba de su mujer que era un prodigio de redondez, de gracia, de delicadeza.

—¡Cómo me voy á reir de tí, cuando al fin, con la eficacia de mis oraciones, de mi fé, de mi piedad consiga del Señor...! ¿Te ries? Pues no te rias. Otros ejemplos más extraños se han visto. Sé algunos casos que si te los contara te pasmarian.

—Pues no me los cuentes,—dijo Leon moviendo á un lado y otro la cara hechicera de su mujer, cogida siempre por la barba.

—Sí, hay casos que parecen increíbles, casos de hombres malvados que se han convertido... y tú no eres malvado...

—¿Todavía no he sido declarado malvado...? Descuide usted, señora, que todo se andará. Gracias por la buena opinion que hallá se tiene de mí... todavía.

María se abalanzó á él y estrechando con vigor su cabeza, le besó en la frente.

—Tú vendrás al lado mio,—le dijo,—y serás católico ferviente, como yo, y me acompañarás en mis dulcísimas prácticas religiosas...

—¿Yo?

—Sí, tú. Tú vendrás á mí. ¡Qué feliz seré entónces!... ¡Te quiero tanto!...

¡Y qué hermosa estaba, qué hermosa! Leon sentía sobre sí el efecto irresistible de belleza tan acabada en rostro y figura, de aquellos ojos en que algo se veía semejante á la inmensidad turbada y resplandeciente del mar cuando se mira al fondo para descubrir un objeto perdido. Separóse de él María, y en pie delante de un espejo, alzó las manos para desarreglarse el cabello. Las gudejas negras cayeron sobre sus hombros, que no podían compararse propiamente al frío mármol, sino á la más hermosa carne humana, pues también hay carne de Paros, á eso que el misticismo llama barro y ha servido al divino artífice para tallar ciertas estatuas mortales que parece no necesitan de un alma para tener vida y hermosura.

—¡Qué guapa!—exclamó Roch, hundido en su sillón como un estúpido.—¡Cada vez más guapa!

Después de culebrear en derredor del espejo, María entró en su alcoba. Leon puso su cabeza entre las manos y estuvo meditando largo rato. Tenía fiebre. Después se levantó airado consigo mismo ó contra alguien.

—¡Necio de mí!—exclamó con su voz más íntima.—Una esposa cristiana quería yo, no una odalisca mogigata.

XV

Un convenio como los que la diplomacia llama «modus vivendi».

Pasó algún tiempo. De pronto María lanzó un grito agudo, desgarrador; Leon fué corriendo á la alcoba y vió á su mujer incorporada en el lecho, con los brazos tendidos, los ojos extraviados.

—Leon, Leon,—dijo con espanto.—¿Eres tú? ¿dónde estás? ¡Ah! Ya te veo... Abrazame... ¡Qué horrible pesadilla!

Leon procuró tranquilizarla, y la verdad es que se tranquilizó pronto con la apreciación de la realidad, panacea de los desvaríos de la imaginación.

—¡Qué sueño!... Figúrate... soñé que te habías muerto y que desde lo más hondo de un hoyo negro me estabas mirando, mirando, y tenías una cara...! Después aquello pasó... Estabas vivo; querías á otra... Yo no quiero que quieras á otra.